

BATALLONES ESCOLARES.



Ahora casi un año, publicó el P. Delbrel, S. J. en el acreditado diario parisiense *L' Univers*, un curioso artículo, del que, en gracia del fin que me propongo en este escrito, se me permitirá transcribir algunos párrafos bastante extensos.

Después de enumerar, refiriéndose á la obra *Mon Musée Criminel* del Sor. Macé, algunos abusos introducidos en las escuelas municipales de París, con motivo de los *Batallones Escolares*, dice así:

"Obviados estos inconvenientes, los mismos adversarios más declarados permitirán gustosos un juego que, sin ser perjudicial á nadie, podrá tener dos grandes ventajas: la de contribuir al desarrollo del cuerpo de los jóvenes, y la de infundir en sus corazones el gusto hacia una profesión que nuestros antepasados estimaban la primera después del sacerdocio. . . .

"El escrito del Sr. Macé nos ha inspirado el deseo de releer y de hacer leer á los suscritores del *L' Univers*, cierto pasaje de uno de los mejores escritores pedagógicos del siglo pasado, del P. Hervas, jesuita español. Se sabe que Hervas fué uno de los eruditos más notables de su tiempo, y que, llamado á Roma por Pío VII, fué puesto á la cabeza de la Biblioteca Quirinal."

Cuenta en seguida el docto colaborador de *L' Univers*, cómo el P. Hervas, siendo *Prefecto* en un Pensionado que tenían los Jesuitas de Madrid, puso en práctica las ideas *elevadas, muy prácticas y muy completas* que tenía acerca de la educación física de la juventud, y, hablando de los *Batallones Escolares*, cede la palabra al mismo P. Hervas, que en su *Historia de la Vida del Hombre* se expresa de esta manera:

"Me interesaba mucho en que nuestros colegiales tuviesen su paseo siempre que el tiempo lo permitía. Habiéndome enseñado la experiencia, que los jóvenes nunca deben estar inactivos en sus horas de recreo, los excitaba siempre á jugar ó á ocuparse de cualquiera otra cosa; y los animaba á ello jugando yo mismo con ellos, cuanto el decoro me lo permitía. Para distraerles la imaginación, al mismo tiempo que para ocuparlos útilmente, les hice aprender el

ejercicio militar, proveyéndoles de todo lo necesario, y decorándoles yo mismo sus armas con divisas en verso y con inscripciones en letras doradas.

"En el ejercicio militar se pasaba todo el tiempo de las recreaciones, los días en que no se podía salir á paseo. Bajo la dirección de su joven camarada, el Marqués José de Ovando, lo aprendieron muy pronto nuestros colegiales, que consagraban gustosos á su aprendizaje hasta el último minuto de las horas de reposo. Esta idea de la disciplina militar, tan propia para inflamar las cabezas de los jóvenes, los preservaba de todo otro pensamiento, á la vez que, teniéndolos en una agitación constante, les era muy favorable al desarrollo de sus miembros.

"Todo en el colegio marchaba militarmente. En el refectorio, los movimientos más ordinarios, tales como los de tomar sus asientos ó salir de ellos, eran otras tantas evoluciones militares, que se ejecutaban en un abrir y cerrar de ojos. En los paseos, la pequeña tropa se proponía las más veces recorrer, reloj en mano y contando los pasos, una ó dos millas en un tiempo dado.

"El joven ama la variedad, así en sus distracciones como en todo; y yo debía ingeniarme continuamente para relevar estos ejercicios con agradables innovaciones. Para esto, invitaba unas veces á algunos Señores que vinieran á animar con su presencia el ardor de nuestros regimientos. El Conde Fernán-Núñez y D. Antonio Idiáquez nos hicieron varias veces este honor, comandando ellos mismos el ejercicio de armas, en que admiraron no poco la habilidad de nuestros pequeños soldados y la precisión de sus movimientos. Otras veces los músicos del Pensionado nos prestaban su concurso; y otras, en fin, improvisábamos nuevas maniobras, siendo nuestra continua preocupación el inventar otros sistemas de fusiles ó de bombas, en que los resortes elásticos reemplazaran, imitando sus efectos, á la pólvora, cuyo uso estaba absolutamente prohibido.

"Debo decir, enseñado por la experiencia, que estos ejercicios han sido muy provechosos, no sólo para el desarrollo físico de los alumnos, sino también para la formación de su carácter moral, y hasta de su exterior." Hasta aquí el P. Hervas, citado por el P. Delbrel.

Fijémonos ahora en el modo de ser de nuestros colegiales cuencanos, y luego nos convenceremos de lo útil que fuera introducir este género de diversión, á lo menos en nuestro Colegio Nacional.

Es cosa que sorprende á cualquier viajero observador, la semejanza física que se nota entre nuestros estudiantes serraniegos y los amarillentos y endebles hijos de la costa. Otros darán otras causas á este fenómeno, para mí la principal, si no la única, es la vida sedentaria que llevan nuestros jóvenes. Durmiendo apenas siete horas completas, lo primero que piensan al despertarse, es la lección que llevarán al colegio: la estudian, pegados á una mesa y con la cabeza sobre las manos; van luego al colegio, en donde permanecen casi diez horas diarias, sin moverse, si se exceptúan el poco tiempo que gasta en ir y venir desayunándose. Viene el Domingo, que es de vacación, y el Jueves, que también lo es por la tarde; pero, que hacen, es ir en compañía de otros amigos á bañarse, y luego se tienden por ahí bajo de un árbol, y se ponen á leer ó á conversar cosas no siempre favorables á la ciencia ni conformes á la moral.

Se comprende, que con tal modo de vivir, imposible será encontrar en nuestros jóvenes, no diré aquella fuerza atlética y agilidad prodigiosa que tanto admiramos en otros pueblos, pero ni siquiera aquel desarrollo muscular y lozanía de color, que se debería encontrar en todo habitante de la sierra. Nuestra juventud estudiosa tiene necesariamente que ser enferma y mal medrada; porque le falta ese ordenado y continuo movimiento del cuerpo, que, siendo la parte más esencial, es también la de más fácil ejecución, entre todas las que comprende el importantísimo arte de la higiene.

La gimnástica, efectivamente, que facilita al hombre el trabajo material, procurándole en consecuencia moralidad y lucro, es la que más contribuye á la conservación del precioso tesoro de la salud, no menos que á la fácil adquisición de la ciencia: ya que ésta sin aquélla, es poco menos que imposible. Así lo comprendieron sin duda nuestros Legisladores de antaño, cuando pusieron como *Ley de Instrucción Pública*, que se la enseñara obligatoriamente en las escuelas de la Nación.

Fácil me sería traer unas tantas citas de eminentes higienistas y pedagogos, para comprobar la grande utilidad de los ejercicios gimnásticos relativamente á la educación física, intelectual y moral de la juventud; pero, atendida la ilustración de los Señores á quienes principalmente se dirige este escrito, bástame haberles llamado la atención á este respecto, para que, de por sí, vean el bien que se obtendría formando en nuestro Colegio un *Batallón Escolar*, que haga todos los Jueves ó Domingos sus ejercicios soldadescos, bajo la dirección de uno de los más hábiles é inteligentes militares que tenemos.

Hoy, que con tanto entusiasmo se trata de formar la Banda de música con nuestros colegiales, sería la ocasión más oportuna para hermanar estos dos ejercicios, cuyo auxilio mutuo no se tardaría en experimentar. Y ojalá pudiera también dedicar parte del tiempo señalado para la instrucción musical, á la enseñanza teórica y práctica del canto; de este hermoso arte, que, vigorizando los órganos de la voz y del pecho, bien así como los afectos del alma, se ha creído tan esencial á la cultura moderna, que difícilmente se encontrará en Europa una escuela ó Colegio, en donde no se lo enseñe á hombres y mujeres desde su más tierna edad.

Cuenca, Noviembre de 1891.

T.-A.